

Felipe VI en el Antropoceno Chronicle of Ten Years

Luis Fernández-Galiano



EL 19 DE JUNIO se celebró el décimo aniversario del reinado de Felipe VI con una ceremonia en el Palacio Real, y con números especiales de diferentes publicaciones, entre las cuales El Cronista, donde colaboró Luis Fernández-Galiano con un texto que usa en parte las presentaciones de los anuarios de AV Monografías.

El mundo convulso de la última década ha estado marcado por la conciencia ambiental. Felipe VI ha debido enfrentarse a graves crisis domésticas en un entorno internacional inestable, pero nada ha sido tan significativo durante sus primeros diez años en la jefatura del Estado como la acelerada transformación del planeta por el cambio climático, y cualquier crónica de esta etapa debe esforzarse en inscribir los acontecimientos en ese marco global. En todo el mundo, la actual rebelión política y social contra la desigualdad y las élites coexiste con unos avances científicos y técnicos que están ya modificando nuestras sociedades más allá de lo que hubiéramos podíamos imaginar, justificando —pese al todavía abierto debate científico— la adopción del término ‘Antropoceno’ para describir la actual época del período cuaternario: un período que está siendo testigo de la transformación de la corteza terrestre y del propio clima por la acción del hombre, la misma que a través de la biotecnología, la robótica y la inteligencia artificial puede llegar a poner en cuestión la naturaleza última de lo humano.

Cuando Felipe VI fue proclamado en 2014, Europa celebraba los aniversarios del principio y el final de un siglo corto (Hobsbawm *dixit*) con sentimien-

tos encontrados y ánimo indeciso. El centenario de la Gran Guerra había propiciado monumentos conmemorativos, voluntad expiatoria y estudios históricos que subrayaban la responsabilidad en la catástrofe de unas élites sonámbulas, acaso no diferentes de las actuales; por su parte, los 25 años de la caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría se habían recordado con buenos propósitos y alegría retrospectiva, empañada por el desigual reparto de los dividendos de la paz y la proliferación de conflictos en el glacis ruso, que tenía en Ucrania el escenario más peligroso de todos.

Y ello se producía en un contexto geopolítico donde las migraciones —provocadas en parte por la crisis climática— seguían amenazando las fronteras de Europa, mientras Asia se afirmaba con líderes fuertes como Xi Jinping, Narendra Modi o Shinzo Abe, África mostraba sus debilidades estructurales con la crisis del ébola, Oriente Medio se desangraba con la persistente guerra de Siria y el ascenso cruel del Estado Islámico, y las Américas se concentraban en sus problemas específicos prestando menos atención a los vínculos e intereses compartidos con el Viejo Continente.

En España, la tibia recuperación económica había tenido escaso impacto en el clima de malestar creado por

el paro persistente y la proliferación de los escándalos, que había llevado a mínimos la confianza de la ciudadanía en las instituciones, y provocado la emergencia fulgurante de un nuevo movimiento político —Podemos— que ponía en cuestión el régimen bipartidista surgido de la Transición. Ni siquiera el relevo generacional producido en la jefatura del Estado, en el Partido Socialista y en la cúpula de varios grandes bancos y empresas afectó significativamente al divorcio entre la opinión pública y unas élites políticas o económicas enrocadas en sus privilegios, dibujando un panorama de incertidumbre que las tenaces tensiones secesionistas de Cataluña no podían sino acrecentar.

El año siguiente, 2015, marcó un punto de inflexión en el clima político y social del planeta. Por un lado, los más de doscientos países reunidos en la COP21 de París acordaron reducir sus emisiones de CO₂ ante el desafío que para la humanidad supone el cambio climático; por otro, entre las poblaciones privilegiadas de América y Europa se incrementó un sentimiento defensivo que precoriza levantar muros frente a las convulsiones del mundo, que ese año tuvieron su epicentro en un Oriente Medio devastado por pugnas geopolíticas y guerras de religión.

Si la cumbre del clima constató la necesidad urgente de una gobernanza global, los populismos nacionalistas —estimulados por el yihadismo, que atentó dos veces en París, y por el impacto de las migraciones masivas— avanzaron con figuras como Donald Trump en Estados Unidos o Marine Le Pen en Francia. Por su parte, una economía global más débil ralentizó la locomotora china, con un desplome bursátil que repercutió en el resto de los mercados del mundo; sacudió el panorama político de una América Latina muy afectada por la caída del precio de las materias primas, debilitando el arco populista bolivariano, de Argentina a Venezuela; y creó un escenario difícil para una Europa que no supo abordar de forma colegiada la interminable crisis de Grecia, la amenaza trágica del terrorismo o el conmovedor éxodo de los refugiados sirios.

En España, el denso año electoral dio como resultado un paisaje político más fragmentado, con la incorporación de partidos nuevos, Podemos y Ciudadanos, con agendas reformistas ante el agotamiento del sistema institucional, socavado por la corrupción y la creciente desigualdad económica; y dio lugar también a una mayor inestabilidad e incertidumbre, agudizada por el reiterado desafío del soberanismo catalán al marco constitucional.



Proclamación de Felipe VI, 19 de junio de 2014

El Brexit y Trump marcaron 2016, un año en el que las democracias liberales perdieron terreno frente al populismo y el autoritarismo. Las guerras y los Estados fallidos de Oriente Medio y el Magreb se sumaron a la vigorosa demografía del África subsahariana para producir oleadas migratorias que exacerbaban la xenofobia en Europa, alimentando movimientos proteccionistas que se vieron refrendados por cada nuevo acto de terrorismo islamista, desde Niza hasta Berlín. El principal teatro bélico fue el rompocabezas de Siria, donde el conflicto civil entre suníes y chiíes fue un episodio de la pugna regional entre Arabia Saudí e Irán, de los intereses nacionales de Israel y Turquía, y del pulso geopolítico entre unos Estados Unidos en trance de retirada y una Rusia crecientemente segura de sí misma, y donde el sitio de Alepo hizo de la ciudad un símbolo del sufrimiento. Mientras tanto, las dificultades de los países emergentes de América Latina y la moderación del crecimiento en China redujeron la temperatura económica del Pacífico, pero no el riesgo asociado a su condición de escenario donde se dirime el forcejeo por la hegemonía entre las dos superpotencias.

España, que por su condición europea comparte la preocupación por el futuro de la Unión —asediada por el ascenso del populismo que avivan las fracturas de la crisis, el descontento de los atropellados por la globalización y el impacto de la inmigración— vivió un año de incipiente bonanza económica e *impasse* político, con un Gobierno en funciones y unos partidos incapaces de llegar a acuerdos, mientras los numerosos casos de corrupción provocaban la desmoralización ciudadana, y las tensiones centrifugas se exacerbaban en Cataluña, en un proceso que llevaría a los acontecimientos dramáticos del año siguiente. La actualidad política restó protagonismo a la crisis ambiental, pero Felipe VI quiso inaugurar un congreso de arquitectura convocado bajo el lema ‘Cambio de clima’, y en su intervención destacó tanto la importancia trascendental del cambio climático como el cambio de clima intelectual que ha puesto a la sostenibilidad en el centro de atención.

Más allá de los conflictos de Afganistán, Irán o Siria, y más allá también del terrorismo islamista cotidiano, el pulso nuclear de Corea del Norte nos

acercó en 2017 al borde del abismo, y más acá de las catastróficas inundaciones o incendios, las pugnas económicas, políticas y simbólicas en el ciberespacio abrieron un continente nuevo de inestabilidad y riesgo. De la supuesta intervención rusa en las campañas estadounidenses, el Brexit o las catalanas a la supervisión digital universal o la burbuja de las monedas virtuales, el mundo comenzó a parecerse a *Black Mirror*. En un contexto donde proliferaron los cisnes negros, el año vio consolidarse a Xi Jinping en China y a Putin en Rusia, dio esperanzas a Europa con la elección de Macron en Francia, y trajo tribulaciones a España con el atentado de Barcelona y la eclosión desafiante del secesionismo catalán, que provocaría el más importante discurso de Felipe VI.

La desaparición ese año de Zygmunt Bauman, un sociólogo que teorizó la modernidad distópica que hoy exhibe el planeta, nos recordó que cuando las estructuras sólidas se transforman en flujos imprevisibles, la sociedad del riesgo que describió hace tres décadas su colega Ulrich Beck deviene la norma, y nadie puede sentirse a salvo de las catástrofes materiales o las convulsiones geopolíticas. De los riesgos climáticos o tecnológicos a los bélicos o terroristas, las sociedades contemporáneas se asientan sobre territorios precarios donde lo único seguro es el cambio.

Múltiples multitudes protagonizaron en 2018 un año convulso: multitudes luminosas, con las grandes movilizaciones del Día de la Mujer, en la estela del Me Too y las celebraciones del Orgullo; multitudes identitarias de exaltación nacional, que alcanzaron el éxito de llevar hombres fuertes a los Gobiernos de Italia, de México y de Brasil —como ya estaban en Estados Unidos, China, Rusia, Turquía o Hungría—, se enfrentaron en Cataluña al juicio de los dirigentes independentistas, y se hicieron visibles en España con ocasión de las elecciones en Andalucía; multitudes airadas frente a la ruptura del pacto social provocada por la última crisis, que emergieron vigorosamente con los chalecos amarillos franceses; y multitudes dolorosas en éxodos provocados por las guerras o la miseria, que crearon crisis migratorias en las fronteras de los países del norte de América o del sur de Europa.



Intervención del rey en un congreso internacional de arquitectura en Pamplona, 29 de junio de 2016



Discurso sobre la situación en Cataluña, 3 de octubre de 2017

Todo ello mientras el mundo confiaba en evitar la ‘trampa de Tucídides’, que pronostica el enfrentamiento bélico entre la superpotencia americana en declive y la asiática en ascenso, un conflicto que Estados Unidos y China han ensayado mediante los escarceos de la guerra comercial, la pugna por el liderazgo digital y los amagos de intervención cibemática; mientras Europa se fracturaba por el Brexit y los países del Grupo de Visegrado, deploraba el debilitamiento del vínculo atlántico y contemplaba impotente la penetración económica y financiera de China a través de las infraestructuras de la Nueva Ruta de la Seda; y mientras se acentuaba un cambio climático asociado a manifestaciones extremas como las que hicieron incontrolables los incendios de California, Grecia o Australia.

En España, el llamado *procés* catalán, que el año anterior condujo a una ilegal y efímera declaración unilateral de independencia, vio en este el procesamiento de sus líderes, algunos de los

cuales habían huido del país, mientras en junio una moción de censura con el apoyo de los partidos secesionistas llevó al socialista Pedro Sánchez a la Moncloa, lo que dio inicio a una etapa de creciente crispación y polarización política, apenas aliviada por los éxitos deportivos y la buena marcha de una economía que crecía vigorosamente creando empleo, pero sin reducir la desigualdad social.

En el ecuador de la década, el diagnóstico de Ortega y Gasset —«No sabemos lo que nos pasa, y eso es precisamente lo que nos pasa»— sirve quizá también para este momento de tránsito, tan incierto en un mundo ayuno de gobernanza como en una España dramáticamente fracturada por conflictos ideológicos y territoriales. Francis Fukuyama escribió en *Identity* que «en algún momento a mediados de la segunda década del siglo XXI la política mundial cambió de forma drástica», y es probable que estemos todavía intentando definir los perfiles



Apertura del curso del Instituto de España, 10 de octubre de 2022



Inauguración de la Galería de las Colecciones Reales, 25 de julio de 2023

de esa mudanza, y forzando la vista para procurar distinguir el futuro que se asoma a nuestro umbral.

Durante el año **2019** *Arquitectura Viva* buscó el porvenir emboscado en el presente a través de un decálogo taquigráfico que acaso merezca recordarse:

1. Los invisibles demandarán visibilidad y respeto, avanzarán las políticas identitarias y el populismo extenderá su influencia

2. Se reavivará la carrera espacial, y la Luna o Marte reclamarán recursos que serían más útiles para abordar los desafíos del planeta.

3. Nos enfrentaremos a la emergencia climática mediante la transición energética y la inevitable adaptación al cambio irreversible.

4. La robotización y la IA harán muchas destrezas obsoletas, transformando el empleo y alterando la percepción de lo humano.

5. Tras los refugiados de las guerras, la devastación del campo por sequías o hambrunas multiplicará los migrantes económicos.

6. El turismo de masas seguirá degradando el medio natural, así como el patrimonio y la estructura social de las ciudades históricas.

7. Apreciaremos más la belleza imperfecta de los objetos sometidos a la usura del tiempo, pereceremos como nosotros mismos.

8. Las ciudades seguirán creciendo porque son más saludables y seguras, y porque la densidad es más sostenible que la dispersión.

9. La contaminación de los océanos por plásticos y otros residuos nos obligará a revisar métodos industriales y hábitos personales.

10. Más que las guerras comerciales o las cibernéticas, la mayor amenaza para los pasajeros de la nave espacial Tierra serán las armas nucleares.

No se sabe si esta enumeración ayuda a cartografiar el futuro o lo desdibuja, pero es probable que el torbellino de la vida lo desmienta. Si que existe algo más de certeza en la crónica del año, protagonizada en el mundo por la emergencia climática que han hecho visible los incendios del Amazonas y por los levantamientos ciudadanos que se han extendido desde Chile hasta Hong Kong, y encabezada en España por las múltiples convocatorias electorales y por el juicio del *procés*. En el terreno de la cultura, el segundo centenario del Museo del Prado y el primero de la Bauhaus se celebraron con múltiples exposiciones, mientras la peor noticia fue el devastador incendio sufrido por la catedral de Notre Dame.

Del virus a la vacuna, **2020** fue un año entre paréntesis. Desde la detección de los primeros casos de covid-19 en Wuhan hasta el anuncio del éxito de las vacunas, experimentamos un período de vida virtual, encerrados en reductos domésticos y desdibujado el trato con los otros por mascarillas, distancias y pantallas. Si alguna vez nos hemos preguntado cómo sería la vida en un metaverso —ese espacio virtual compartido de los que interaccionan o juegan digitalmente—, nunca hemos estado tan cerca como en esta triste etapa de realidad alternativa. La hiperconexión mediática y el consumo bulímico de experiencias había generado el síndrome FOMO (*fear of missing out*), y la pandemia sustituyó esta ansiedad patológica por otra muy diferente, FOGO (*fear of going out*), que prolonga el confinamiento con la reclusión voluntaria. Pero somos seres sociales, y la ausencia de contacto físico es poco sostenible: no es verosímil imaginar un mundo de *hikikomoris*; ese año ominoso debe efectivamente ser un paréntesis, y la vida virtual una distopía reversible.

Nos esforzaremos en valorar positivamente la renovada atención a la intimidad y lo doméstico, en celebrar el descubrimiento de todos los trabajos humildes que resultan imprescindibles para la supervivencia de los habitantes urbanos, y en conjeturar de qué forma el teletrabajo puede dibujar un futuro alternativo para las zonas menos pobladas del territorio. Sin embargo, la principal lección que cabe extraer de la pandemia es la toma de conciencia sobre la fragilidad de nuestro organismo, la vulnerabilidad de nuestra

estructura social y la insuficiencia de nuestras instituciones, sometidas a una prueba de carga de la que no han salido bien paradas. La covid-19 acentuó procesos de cambio que ya estaban en marcha y puso al descubierto nuestros límites biopolíticos, desnudando la realidad individual y colectiva del ropaje de ficciones que la oculta.

De la nieve a la lava, **2021** fue en España un año de eventos extremos. Nada relaciona la borrasca Filomena con la erupción de Cumbre Vieja, pero ambos sobresaltos se produjeron mientras procurábamos recuperarnos de una pandemia histórica que había detenido la vida del planeta. Las ciudades vacías e inmóviles fueron una imagen tan emocionante como verlas cubiertas por una nieve unánime, o como contemplar las coladas de lava incandescente y los campos sepultados bajo un manto silencioso de ceniza, pero estos impactos estéticos no pueden ocultar las muertes y la angustia producidas por el virus, los daños y la parálisis urbana causados por la tormenta, o la desaparición de casas, cultivos y memorias bajo el imperio sordo del volcán. Entregados a los saberes inciertos de epidemiólogos, meteorólogos y vulcanólogos querríamos ignorar otros eventos que sacuden un mundo en emergencia climática: el *shock* geopolítico ocasionado por la retirada de Afganistán y el Aukus; el *shock* económico provocado por el encarecimiento del transporte de mercancías; y el *shock* energético que tiene origen en la difícil sustitución de los combustibles fósiles.

El G-20 decidió no financiar centrales de carbón y fijó en 1,5°C el incremento de temperatura, pero sin China y Rusia el acuerdo es imposible de cumplir. Nos consuela saber que el Premio Nobel de Física se concediera a los pioneros en la modelización del clima, pero lo cierto es que hoy no necesitamos más verificación científica del calentamiento global, sino más compromisos políticos de reducción de gases de efecto invernadero. Y aunque es positivo que la guerra arancelaria entre los Estados Unidos y la Unión Europea haya disminuido su encono, las dificultades logísticas siguen nublando los intercambios comerciales, el repunte de la inflación proyecta sombras sobre el futuro, y la voluntad de autonomía frente a las cadenas de suministro parece incompatible con la

dependencia europea de Taiwán para obtener los semiconductores sin los cuales su industria se detiene. Nuestro continente, debilitado por el Brexit o el ocaso de la OTAN, sigue teniendo su talón de Aquiles en la dramática carencia de compañías tecnológicas y fuentes energéticas.

La guerra de Ucrania marcó en **2022** un año ominoso para Europa, que constató su fragilidad energética y dio pasos atrás en su esfuerzo por enfrentarse a la crisis climática. Tras dos años de pandemia, el debilitamiento de las redes logísticas obligó a redimensionar la globalización, y la fractura geopolítica creada por el conflicto redujo aún más el comercio y la prosperidad. Acaso como señaló Macron, «la era de la abundancia ha terminado». Este declive, que se acentúa ahora pero comenzó con la crisis de 2008, y que ha estado en el origen de movimientos populistas en el continente, afecta de manera más dramática a buena parte de África, donde la crisis alimentaria se ha sumado a la explosión demográfica para provocar flujos migratorios incontenibles. América ha tenido sus propios problemas, con la inestabilidad política y económica de Latinoamérica y la división social en Estados Unidos, un país que todavía no se recupera del impacto tóxico de la presidencia de Trump, mientras en Asia, China ha experimentado un menor crecimiento como consecuencia en parte de su aislamiento para intentar controlar la covid-19 y la India ha abordado su auge poblacional con políticas étnica y religiosamente divisivas.

España sufrió también un incremento de la fractura social y una erosión de las instituciones, con un descrédito de la política que no alivió la celebración en Madrid de una cumbre de la OTAN; un incremento de la desigualdad que se procuró abordar mediante los fondos de la Unión Europea; y una ruptura del pacto generacional que perjudica a los jóvenes, enfrentados a un mercado laboral esclerótico, a unas estructuras educativas deterioradas y a un menosprecio del mérito y el esfuerzo. Esas viejas virtudes parecen haberse refugiado en el territorio del deporte, donde el país pudo celebrar con orgullo los éxitos de sus tenistas, el veterano Rafael Nadal y el jovencísimo Carlos Alcaraz, y vio surgir con alegría el fútbol femenino, con una selección nacional que se proclamaría campeo-

na del mundo al año siguiente, y con Alexia Putellas convertida en un icono celebrado con dos Balones de Oro. Y pese a sus actuales tribulaciones, el país conserva una bien tejida trama de vínculos familiares y sociales que son fuente de apoyo mutuo, y un patrimonio urbano y paisajístico que lo hacen más habitable, por más que a todos inquiete el despoblamiento interior que fue protagonista de las mejores películas del año. Felipe VI inauguró el curso del Instituto de España en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y la defensa que allí se hizo del patrimonio, el paisaje y el planeta tuvo su apoyo argumentado y elocuente.

2023 fue el año de la inteligencia artificial y de la guerra de Gaza, pero también el que ha dejado oír con mayor nitidez las voces del Sur Global. Tras un año de empleo universal de ChatGPT, la IA se perfila en el horizonte como un avance tecnológico extraordinario que va a cambiarlo todo, en un proceso de mutación social y económico esmaltado de riesgos civilizatorios; y tras el ominoso ataque de Hamás contra Israel, la devastación bélica de la Franja de Gaza ha abierto un abismo geopolítico cuyo ciclo de acción-reacción alimenta a la vez el antisemitismo emboscado en tantas sociedades y la islamofobia latente en muchos destinos migratorios. Junto a estos acontecimientos, la emergencia de un Sur Global alejado en sus inte-

reses de los propios de Occidente es un fenómeno que se materializa en cada coyuntura con aristas más afiladas. Ya la guerra de Ucrania se percibió por muchos países como un conflicto entre Estados Unidos y Rusia que no les afectaba directamente, y sobre el cual no necesitaban tomar partido, y un número todavía superior de naciones percibieron en las decisiones sobre Gaza una muestra nítida del doble rasero moral de Occidente.

La fractura política del mundo, y la revisión de las redes logísticas para enfrentarse a emergencias pandémicas o bélicas, han hecho retroceder la hiperglobalización de la década pasada, valorando la seguridad de suministro por encima de la reducción de los costes. El impacto de los precios o de la escasez han incrementado la insatisfacción y la desigualdad, exacerbando los movimientos populistas en los países centrales y acelerando los flujos migratorios en los territorios periféricos, donde a las convulsiones provocadas por los conflictos se ha sumado el impacto climático de sequías y hambrunas. En este contexto de inestabilidad, la COP28 se reunió en Dubái, y la experiencia de celebrar una cumbre del clima en un país petrolero dio pie a una declaración final en que se insta a prescindir gradualmente de los combustibles fósiles, pero esa decisión tiene solo el valor que le otorgue su cumplimiento por las partes.

En todo caso, el año tuvo momentos felices: para la monarquía con la inauguración de la Galería de las Colecciones Reales, un hito cultural largo tiempo esperado, o con la jura de la Constitución de la princesa Leonor, que ayuda a asegurar la continuidad de la institución; y también para el deporte, con un Real Madrid cuya temporada le llevaría a obtener la sexta Champions en el período que relatamos, un récord difícilmente igualable.

Al cerrar esta crónica en **2024**, un año marcado por las urnas y las armas, cabe desear que las elecciones a las que se enfrentará más de la mitad de la humanidad no marquen un nuevo hito en el declive de la democracia; y cabe igualmente hacer votos por que las guerras en curso —en Ucrania y Oriente Medio, pero también en numerosos rincones ignorados del mundo— lleguen a su término, y se recupere algo semejante a la gobernanza global. Los riesgos a que se enfrenta el planeta, desde los climáticos a los sanitarios, y los conflictos que inevitablemente suscitarán la pugna por recursos como el agua o los grandes desplazamientos migratorios, exigen un empeño solidario que la actual fractura entre Occidente y el Sur Global hace difícilmente verosímil, así que habrá que volver a reclamar el optimismo de la voluntad frente al pesimismo de la inteligencia, en el porvenir de España y en las próximas etapas del reinado de Felipe VI.



Jura de la Constitución de la princesa Leonor, 31 de octubre de 2023